

## Resumen EvAU

### TEMA 6. La lírica y el teatro posteriores a 1936.



#### 2º Bachillerato

#### Lengua Castellana y Literatura

Este tema coincide con la II Guerra Mundial hasta 1945 y con el enfrentamiento posterior entre Estados Unidos y la Unión Soviética llamado Guerra Fría. En España, también coincide con la Guerra Civil y la posterior dictadura franquista hasta la muerte del dictador en 1975, así como el desarrollo de la Constitución de 1978 y numerosos cambios hasta llegar a las crisis recientes, como la de 2010.

Puesto que este tema aborda específicamente el teatro y la lírica, habría que definirlos. De tal forma, el género dramático cuenta una historia a través del diálogo y el género lírico, se caracteriza por la expresión de los sentimientos del autor-poeta en primera persona. La Guerra Civil no interrumpió la producción teatral, sino que se tornó en un teatro propagandístico de cada bando. En el republicano, destaca el “teatro de urgencia” con Max Aub a la cabeza; en el nacional, destacan nombres como José M<sup>a</sup> Pemán, Eduardo Marquina y Gonzalo Torrente Ballester. Respecto a la lírica, se puede hablar de la Generación del 36, que será relevante en la posguerra como veremos a continuación.

La Guerra y el exilio dejaron el panorama cultural español diezmado. En cuanto al teatro sigue habiendo un línea comercial al estilo de la “alta comedia”, que se denominó “la continuidad sin ruptura”, en la que destaca el entretenimiento y temas que se adentran en un mundo real con autores como Calvo Sotelo o López Rubio. También destacará un mundo poético que se acerca al teatro cómico con autores como Jardiel Poncela (*Cuatro corazones sin freno y marcha atrás*), el humor disparatado de Mihura (*Tres sombreros de copa*) o Edgar Neville. En otra línea, hay que destacar el teatro “distinto”, cercano al teatro social. La lírica de este momento conoce a “una generación escindida” entre dos caminos: la poesía arraigada, cercana al Régimen con temas como el amor, la familia y la fe católica y autores como Leopoldo Panero, Luis Felipe Vivanco y, sobre todo, Luis Rosales (*La casa encendida*); y la poesía desarraigada, presidida por Dámaso Alonso (*Hijos de la ira*), con temas como la angustia y el existencialismo a través de nombres como Victoriano Crémer o Eugenio G. de Nora. Otros autores son de difícil clasificación como José M<sup>a</sup> Valverde o José Hierro, así como “el grupo Cántico” de Pablo García Baena y el movimiento postsurrealista llamado “postismo” de Carlos Edmundo de Ory. En el exilio, se tratan temas como la patria perdida o el recuerdo de la lucha, con autores de la Generación del 27 y otros como León Felipe (*Ganarás la luz*) o Juan Gil-Albert.

La década de los 50 se caracteriza por cambiar el enfoque de individuo a lo colectivo, como forma de denuncia y de dirigirse a la masa. En el teatro comercial, destaca la figura de Alfonso Paso, junto a Jaime Salom o Ana Diosdado. En el teatro social, por su parte, cuyo principal teórico es Alfonso Sastre, sobresale Buero Vallejo (*Historia de una escalera*), con una evolución clara hasta la democracia. Asimismo, puede hablarse de un “teatro soterrado” que no llegó a representarse y temas concretos como el trabajo deshumanizado de Carlos Muñoz o el paro y la pobreza de Lauro

Olmo, entre otros. La “poesía social” está protagonizada por Blas de Otero (*Pido la paz y la palabra*) y Gabriel Celaya (*Cantos iberos*). Además, aparece también contenido social en autores como José Hierro (*Alegría*).

Durante la siguiente década, el contenido social va agotándose y el arte se acerca a formas literariamente más claras y cuidadas. En teatro, surge una nueva vanguardia escénica con autores como José Ruibal, Francisco Nieva con su teatro furioso, contra la moral represiva (*La carroza de plomo candente*) y Martínez Mediero. Estos utilizan un lenguaje diferente con recursos extraverbales, toman influencias del teatro del absurdo y situaciones incoherentes, del teatro de la crueldad, con varias manifestaciones del arte, y del teatro pobre, que apuesta por apoyarse en la expresividad del actor. Además, cabe hablar del rigor estético de Antonio Gala o el teatro de pánico, desenfrenado y provocador de escándalos de Fernando Arrabal (*Pic-nic*). En la poesía, se opta por el escepticismo y se retorna a un intimismo cercano a la “poesía de la experiencia”, con un estilo antirretórico y un lenguaje personal. Destacan autores como Claudio Rodríguez (*Don de la ebriedad*), Ángel González (*Aspero mundo*), Jaime Gil de Biedma (*Las personas del verbo*) y José Ángel Valente con su influencia decisiva para los “poetas del silencio”.

La transformación de los géneros se hace evidente a partir de los años 70. En teatro, dicho cambio viene dado por una serie de aspectos, como son la creación de la Compañía Nacional de Teatro Clásico, los premios Max, las compañías de teatro independiente (como Els Comediants, La Fura dels Baus, Els Joglars, entre otras), la comedia musical, así como la presencia de Internet o los medios de comunicación en la escena. De todos modos, llevar a la gente al teatro ha sido siempre un reto y, salvo excepciones, la vanguardia no lo ha conseguido del todo; sin embargo, algunas obras de corte realista como las de Fernán-Gómez (*Las bicicletas son para el verano*), las de José Luis Alonso de Santos (*Bajarse al moro*) o los dramas históricos de José Sanchis Sinisterra (*¡Ay, Carmela!*) sí lo han logrado. Por último, la escena española en las primeras décadas del siglo XXI vive un esplendor muy importante a través de la RESAD y otras escuelas, destacando nombres como Angélica Liddell o Juan Mayorga, junto a un largo etcétera. Respecto a la lírica, los años 70 están marcados por los llamados “novísimos”, tal como aparece en la antología de José M<sup>a</sup> Castellet, que se caracterizan por el rechazo al realismo social, la integración de influencias y la metapoesía, entre otros rasgos. Los nombres más relevantes son Pere Gimferrer, Vázquez Montalbán o Ana M<sup>a</sup> Moix; no obstante, hay un grupo contrario a estos, con una lírica más humana e intimista (Clara Janés o Miguel D’Ors) y otros, cercanos al contenido social (grupo poético leonés “Claraboya” con Luis Mateo Díez). Desde finales de los 70, se superponen distintas tendencias: la poesía de la experiencia (Luis García Montero), la poética del silencio (Jaime Siles o Ada Salas), la nueva épica (Roger Wolfe), la poesía clasicista (Luis Antonio de Villena), el neerotismo (Ana Rossetti) y la profundización en el mundo de la mujer (Luisa Castro o Almudena Guzmán). Por último, citar a los llamados “Instapoetas”, que se valen de las RRSS para darse a conocer, con nombres como Elena Medel, Luna Miguel o Defreds, entre otros muchos.

Para concluir, hemos intentado mostrar un panorama muy general de la lírica y el teatro posteriores al 36, repasando su evolución por décadas, desde el existencialismo de los primeros años, hasta la diversidad actual, pasando por la perspectiva social y los distintos rumbos; teniendo en cuenta el volumen tan amplio del contenido del mismo, nos hemos centrado en los puntos y autores más esenciales.